es que, ó Napoleón el Pequeño se proponía tan sólo "ocupar la imaginación de los franceses" con narraciones heroicas; (\*) ó le pasó lo que á Walter Scott con sus novelas, según confesión propia: "sabía que las comenzaba; pero nunca previó la manera con que habían de terminarse."

Todas esas causas, y otras más que se aducen para "explicar" la Intervención, tienen el defecto de constituir verdaderas peticiones de principio, esto es, se da por cierto, lo que aún esta por probarse.

En la campaña de Italia, ocurrió lo mismo; el ex-Carbonari entró en ella sin "grandes miras políticas." Ya había desposado la causa de la unidad italiana, cuando Cavour, el intrigante Ministro, y él, pactaron la reincorporación á Francia de Saboya, que ya había formado parte de su territorio de 1792 á 1814. Quizás este arreglo, ó al menos el relativo á Niza, fué posterior á la entrevista de Plombieres, y nó resultado de ella, como generalmente se cree. Al menos, los mismos ministros de Napoleón, así como Mazzini y Garibaldi, nada supieron entonces de la cesión á Francia supradicha.—Justicia, pues, tuvo nuestro Ministro en Washington, D. Matías Romero, en calificar de "pretextos" los que ostensiblemente se aducían para sincerar, ó explicar, la intervención francesa.

Pero al asentar lo que antecede acerca de la culpabilidad exclusiva de Napoleón, no se entienda que tratamos de "sincerar ó exculpar" á los intervencionistas mejicanos; antes su papel, en nuestra tesis, resulta más desairado: no tuvieron el mérito, dudoso, de determinar la Intervención, de ser autores, y hubieron de contentarse con desempeñar el papel secundario y más deshonroso de instrumentos. No pudiendo ser el brazo, satisfechos quedaron con ser el hacha.

Si la noticia del arribo de la triple armada á las costas de Veracruz, no produjo en Francia más que mediano regocijo, nó aconteció lo mismo cuando se supo lo de la infidencia del Conde de Saligny; entonces el pueblo fran-

Recurso demasiado trillado de los tiranos y del cuál abundan ejemplos en la historia desde Ramsés II, quien por esa causa mantenía el imperio faraónico en constante é inútil guerra; esto es, para que la *gloria* le ayudara á hacer olvidar al pueblo egipcio su origen bastardo.

cés, señaladamente el de París, aplaudió frenéticamente y gritó vivas al Emperador y al Ejército hasta desgañitarse. Un historiador imparcial, Edwin Emerson, dice: la noticia de la ruptura de hostilidades y avance de las tropas francesas, fué recibida (en Paris) con loco entusiasmo (AMID WILD ENTHUSIASM). Y en aquellos días, bien puede afirmarse que rarísimos fueron los franceses, que, por "solo amor á la justicia," amor á un pueblo que conceptuaban semi-salvaje, (con abundantes "apariencias" para corroborar tal juicio entre los que de lejos nos juzgaban), de corazón protestaran contra la "aventura mejicana." Las palabras del General expedicionario: "la bandera francesa háse elevado en suelo mejicano, y no se abatirá; dejad á los cuerdos saludarla como amiga, dejad á los necios oponerse á ella," fueron repetidas con fruición por todos los labios franceses; aun los balbucientes de los niños. (\*) Fué la hora del triunfo para la encantadora Eugenia-la Emperatriz española, lustre del solio de Francia.—Si alguna voz áspera, como la de Prim, y algún gruñido británico, se dejaron oir, Napoleón no se preocupó en lo más mínimo. Ya había vencido antes á todas las cortes europeas después de su famoso golpe de Estado, é Inglaterra fué de las primeras potencias en aprobar el crimen; y Rusia, que fué la última, al fin lo justificó y aplaudió como las otras.

La "deslealtad francesa," como la llamó el Quarterly Review, de Londres, no tuvo crítica en Europa, sino, nada más, criticos—críticos vergonzantes; ó de enemigos declarados del Imperio. Pero ya se sabe que la excepción confirma la regla. (†)

Alemania, se deleitó con la empresa napoleónica; el

Méjico ha hecho generoso sacrificio de su resentimiento, muy justo, contra Francia, ante las tumbas de dos Emperadores. El uno, murió en el cadalso; el otro, en la vergiienza. La expiación de Francia fué terrible.---Olvidemos.

---La reacción contra el supuesto proyecto de Imperio----Reve d'Empire---como después lo llamó Paul Gaulot, principió en Francia con la derrota del 5 de Mayo; la cual noticia aderezada y todo, oficialmente, produjo un notable efecto sedante aun en los ánimos más exaltados.---Aseguraban los periódicos unánimemente (y así pasó á libros franceses é ingleses), que los asaltantes de Puebla no "acabaron de triunfar," debido á una terrible tormenta que se desató y fué en auxilio de las "batidas fuerzas mejicanas." Conde de Moltke detuvo el golpe premeditado contra Francia, gracias al brazo de hierro de Bismarck, que ya husmeaba sus presas, loco de alegría—ebrio de cerveza.

Los franceses, y todos los extranjeros residentes en Méjico, sin exceptuar americanos y españoles, se declararon ardientes partidarios de la Intervención, (salvo raras excepciones); y más tarde, del enclenque Imperio de Maximiliano. Los traidores, esto es, los antiguos jefes conservadores, brotaron por todas partes: Márquez uno de los primeros. A guerrillas liberales, oponíanse guerrillas afrancesadas; á jefes liberales, jefes afrancesados. Algunos de estos, sin embargo, tales como Miramón, hacían distingos, ó guardaban pudores. Miramón tuvo un rasgo de verdadero patriotismo; ofreció sus servicios á Juárez-que le fueron aceptados.—En cuanto á Márquez, chacal con astucia de zorra, comprendía que la empresa que se echaban encima los ex-conservadores no era de poca monta; causábale displicencia la tal cual pericia de los mejicanos para eternizar la lucha, "acostumbrados como estaban sus paisanos á la guerra de guerrillas;" y no dejaba de producirle desazón que fuera á creerse que se trataba de una "dominación á mano armada," "con la presencia de las tropas extranjeras," cuando solo iba á procurársenos "una intervencion amistosa;" en el cual caso, es á saber, creyendo lo primero, se encendería el "amor patrio," se estimularía el "orgullo nacional," con grave detrimento de la causa intervencionista, ó sea de los traidores á la patria.

Otros, como Gutiérrez Estrada y Robles Pezuela, sinceraban su proceder alegando cansancio de un estado de cosas, en que el bandalismo, la injusticia y el crimen, andaban sueltos por todas partes y haciendo de las suyas. Profunda desesperación habíase apoderado de sus nobles espíritus, viendo que la paz ila amada paz! parecía haberse despedido para siempre de la Nueva Espana, desde el infausto día de la gran revuelta del Cura de Dolores. Robles Pezuela, indudablemente creía de buena fe que la causa de Méjico era desesperada y la Intervención buena, pues al ser fusilado, por orden del gran patriota nuevoleonés, el

ilustre Zaragoza, así lo expresó en un conmovedor discursos de despedida—discursos que han cesado de conmovernos desde que reflexionamos, ayudados por la historia; y la experiencia, sobre este sabio proverbio holandés: "no hay quien no moralice en la punta de la cuerda."—Preciso es convenir, que las excepciones son raras. Hasta Manuel Lozada, el Tigre de Alica, produjo una buena y enternecedora alocución, á tiempo de embarcarse para el viaje de donde no se vuelve.

Olvidaron lastimosamente, sin embargo, estos "patriotas desesperados," que si paz no hubo en la República, desde Comonfort, fué debido única y exclusivamente á sus malos manejos, y nó á que el país no la deseara.—Así como tampoco hubo paz completa, después del triunfo de la República, porque...... los mejicanos ignoraban la historia griega. Los griegos, aleccionados de Pisístrato, prefirieron condenar á Milciades, aun siendo "el mejor de los hombres" (quum summa humanitas, tum mira comitas, ut nemo tam humilis esset, etc. etc.), antes que "vivir en el temor" de que un día ú otro les echara encima sus galones de Heroe y Caudillo, y los redujera á la esclavitud como Pisistrato. (Hæc populus respiciens maluit cum innoxium plecti, quam sediutius esse in timore). ¡Oh, previsión helena, altísima y admirable, cuánta sabiduría, cuánto amor á la libertad había en el trato severo, en los ostracismos saludables, con que solías recordar á tus caudillos su origen terrenal!—Caíste; cayeron tus dioses, tus templos, tus hombres y hasta tus mujeres divinas ¡que formas dieron á las deidades celestes! cuando tus gobernantes fueron tiranos, tus ciudadanos súbditos, y esclavos tus guerreros; cuando tus Pericles falsificados, sin freno ni ley, dejaron de temblar ante los arcontes que personificaban la Justicia, y de mendigar dejaron su misericordia, de rodillas y llorando......

Otros, los verdaderamente fanáticos, creían de buena fe amenazada la religión católica con la obra de los reformistas. Y como ignorancia y fanatismo suelen caminar pareados, máxime en las clases sociales más alta y más baja, (los

extremos se tocan), resulta que su anhelo por un cambio de cosas, era genuino y hasta sentimental: hallábase anidado en el fondo de sus corazones. Para ellos, en realidad, la política poco significaba, y la religión todo. Es indudable que si bien en el fondo-y para las personas ilustradas—las Leyes de Reforma poco ó nada tenían de agresivas en si mismas, una vez sembradas en nuestro medio social, produjeron corrientes y reacciones subterraneas (haciendo abstracción de las manifestaciones públicas, de las ostentosas protestas de la cleresía mejicana), que hasta cierto punto hacían la causa anti-reformista, una causa de hogar, en la que la ignorancia y sensibilidad femeniles, se explotaban en grande escala. Se representaba á la Iglesia, á la Religión de Cristo, cruelmente perseguida, los templos saqueados, sus tesoros desvanecidos, los altares profanados; custodias, coronas, milagros, y cuanto oro valía, convertido en oro vil, que serviría para fomentar la causa de los liberales sacrílegos. Añádase á eso, que hasta las propiedades de las comunidades religiosas habíanse confiscado: habían sido expoliados, saqueados, reducidos á la pobreza, á la ruina, la mayor parte de los representantes de Cristo en Méjico y ante el gobierno de Juárez; con todo lo cual, un rencor natural, ingenuo, explicable, profundo, casi digno de disculpa, se había apoderado de un gran número de mejicanos católicos de buena cepa y holgada posición social. Estos eran, si nó la masa, una masa ciega, masa bruta; quienes la movían y convertían en maza, sirviéndose de ella para fines aviesos, eran los criminales.

Ahora bien, en presencia—y exacerbando este resentimiento convertido en odio en el crisol de una alma ardiente de fanático—pongamos este otro factor ó agente moral: "el absoluto convencimiento de no poder cambiar las cosas con elementos propios ó nacionales."—Es cierto que los caudillos estaban allí, pero faltaban soldados; podía contarse con material de guerra, pero nó con soldados. El pueblo mejicano, desde Calpulálpam, declaró á los conservadores "fuera de la protección divina." Sus imágenes y santos, que servían hasta para "hacer llover," no daban re-

sultado para apadrinar grandes batallas. A todos sus caudillos les pasaba lo que á Miramón, es á saber, ganaban todas las batallas; todas, menos una: la buena, la decisiva. En tal coyuntura, el clerical (\*) no sabía á qué atenerse. Era obvio que en él lucharan con furia sentimientos y afectos encontrados. Las enseñanzas de la niñez, los afectos y respetos primordiales, la atmosfera del hogar, por una parte; y por la otra, la desesperanza de obtener por medios lícitos, impecables, el fin ambicionado. En situación semejante, el católico de buena ley, presa de la indecisión y el remordimiento, busca al SACERDOTE; y allí está, presisamente, la triaca, el veneno, la ponzoña: el elemento decisivo.

Porque el sacerdote no había sufrido estas fluctuaciones ni luchas interiores. ¿La patria?—Para él, la patria era su Templo, su Roma, su Papa, su Dios; lo demás, eran meros "detalles terrenales," de poca importancia. Por eso hubo muchos ciudadanos católicos, que de buena fe sirvieron al francés, hasta como militares; pero no hubo un solo sacerdote, que lo hiciera por el bien de una patria—que no reconocían como tal; por el bien de sus hogares—pues que de hogares propios carecían. La traición del clero fué fría, calculada, audaz, comprometedora, impía, terrible!

Nos vamos á referir ahora á una clase muy interesante de infidentes: los aristocratas. Esta infidencia especial, de la propia suerte que la que nos ocupó anteriormente, se albergaba en el seno de los hogares; pero, á diferencia de la religión, no salía de lo profundo, del cofre de los grandes tesoros humanos—iesperanzas puras, ideales depositados en el cerebro y corazón del infante, como alas para volar por sobre todas las adversidades de la vida, y llegar al cielo á tiempo de cesar el último latido de la entraña!—Nó; la prosapia de "la aristocracia," es mucho menos noble; tiene su albergue en el mismo sitio del alma en que

En esta clase comprendemos parte del proletariado: empleados, negociantes en pequeño, hacendados y aun profesionistas de ideas retrógradas, adquiridas en el hogar y conservadas como herencia sagrada de familia. Aun entre la bourgeoisie de los sabios mejicanos, abundaron los traidores. Lo cual solo prueba que la Ciencia y la Política, pueden marchar por veredas opuestas; y de hecho caminan casi siempre. Por eso se enredó tanto el ilustre Comte en los últimos volúmenes de su fracasada Politica Positiva.

la vanidad hace alarde de muchas otras baratijas, como ciencia, poderío, honores, gloria. Sirvió mucho en las épocas de obscurantismo, cuando era tan difícil separar al señor del bandido, al militar del salteador de caminos. Entonces, los franceses antes que nadie, establecieron aquella fórmula "nobleza obliga," que impelía y constreñía á los feudales de horca y cuchillo, á portarse como la gente honrada del pueblo lo hace en nuestros días.

En Méjico tuvimos muy poca aristocracia de buena ley: los descendientes de los cruzados no solían pasar á América; así es que precisaba darse por satisfechos con la que pudiera fabricarse en el país, con materia prima importada de España. Por consiguiente, no había por qué preocuparse por ascendientes. Pero fué el caso de que llegó en Méjico á ser nobleza, no sólo traerla en el vínculo ni ganarla con acciones ilustres, sino el mero hecho de venir de la Península. Las jóvenes ricas, ("aristocraticas," [pardon!]), de hace medio siglo, tenían un credo que principiaba así: "marido y bretaña sólo de España," con otros capítulos menos interesantes.

También tuvimos títulos y pergaminos (que es lo mismo) criollos, por ejemplo, los creados por ITURBIDE y Su ALTEZA SERENISIMA, que nuestros intervensionistas tenían en mucho; y por lo mismo que habían cesado de mostrarse á luz, perdiéndose casi, hacíanse más interesantes y rebuscados. Quienes por buena ó mala suerte los poseían, orgullosos estaban de ellos, y con ansia de que el "día de la reivindicación alumbrara en nuestro cielo," como decían las proclamas de nuestros caudillos. Estos desdichados cretinos, dieron á la Intervención un contingente mayor y "más efectivo" de lo que generalmente se cree. Lo que el fanatismo no alcanza, lo alcanza la vanidad; ha hecho más héroes la segunda, que el primero mártires. Salvo muy raras y honrosísimas excepciones, todas las familias aristocráticas de Méjico, señaladamente de la Capital, fueron intervencionistas; y muchas de las que intervencionistas no fueron, al principio, más tarde figuraron entre las mariposas y zánganos del Imperio.

Un elemento más nos falta, en la enumeración abreviada de los que concurrieron en auxilio de las fuerzas invasoras: los "militares crónicamente militantes." Estos, como se comprende, eran de dos clases: "caudillos inveterados" y de reputación, que por razón de su oficio y compromisos anteriores, desde luego hicieron alianza con las fuerzas intervencionistas; y la clase más numerosa y no menos importante, de los que pudiéramos llamar "lanzas libres," por su relación ó parecido con los de histórico renombre.

En otro lugar de esta obra hicimos referencia á los "guerrilleros incondicionales," que siempre aparecen en las naciones en que las contiendas civiles se prolongan largo tiempo. La Italia de antes de los Médicis, fué tierra clasica de estos bravi sin conciencia ni pundonor militar, que lo mismo servían á güelfos que gibelinos, y para quienes la revuelta política era el estado normal de las sociedades. Nacieron durante la contienda, vivieron en ella; después la tomaron como medio para medrar, y, sobre todo, de sustraerse á las necesidades y urgencias regulares de la vida. Mas, no se crea por esto que la senda era fácil, accesible, tapizada de flores; nó por el contrario, la vida de estos guerrilleros (con frecuencia perseguidos por ambos bandos), era terrible, sus penalidades sin cuento; endurecía á los hombres—el cuerpo y el alma de los hombres—hasta hacerlos de una sola pieza, sólidos, formidables. Su instrucción era nula, pocos sabían escribir su nombre; los capaces de pergeñar una nómina ó que de memoria se sabían algunos artículos de la Ordenanza, por haber servido en el Ejército regular, ascendían muy pronto, y, por lo común, comenzaban su carrera de coroneles, ó de generales, como el célebre Cortina en Matamoros.—Permítasenos transcribir un diálogo, vulgar, pero gráfico y que da una idea precisa á la generación actual, de lo que fueron los "lanzas libres" á que nos hemos venido refiriendo.

Conversan dos jefes, cuando ya los boletines habían traído la noticia del nuevo ribilion:

-A cuál partido te vas?

- -A cuál te vas tú?
- -Yo voy con los mochos (conservadores).
- -Pos ivaya! yo también me iré con los mochos, ¿qué te hacen?
  - -Coronel.
  - -Y á mí, ¿qué me hacen si me meto?
  - -Pos también Coronel.

Con lo cual quedaban fabricados dos partidarios terribles de Miramón, ó de Márquez, ó de la Intervención francesa.

Se comprende que ese elemento nada tenía de despreciable; y añadido á los anteriores y difundido en toda la República como mala hierba, debería dar muchas horas de desazón á las fuerzas defensoras de la libertad, muchas horas de duelo á los hogares mejicanos.

Con esta clase de guerrilleros, y con jefes como Taboada, Márquez, Cobos, y más tarde Miramón y Mejía, la Nación prestaría un contingente poderoso al desleal, al desvergonzado Conde Dubois de Saligny, que tras de haber cotizado su firma—y con ello su honor de caballero y de soldado—á tan bajo precio "como el papel en que estaba escrita," lejos de devolverse y repasar, con armas abatidas, las fortificaciones del Cerro del Chiquihuite, conforme á lo pactado en la Soledad, verificaría el ascenso de la cordillera, no ya como conquistador, representante genuino de una Nación leal y caballeresca, sino como esos bandidos de baja estofa, que llaman á las puertas de las casas para asesinar á quienes les abren.

Después de esa acción villana de Dubois de Saligny, Francia debió haber despertado y nó contentarse con dejar el cargo de desempolvar su honra mancillada á media docena de oposicionistas y proscritos. ¿Acaso no había hombres honrados, hombres de honor, al servicio del Imperio? —Absurdo sería responder negativamente. La maldad no está tan extendida en el mundo para que permeabilice todos los tejidos de una sociedad en un momento dado. Sócrates vivió al lado de Aspacia y Alcibiades; Platón y Aristóteles enseñaban la filosofía más pura al pueblo fragelado

por Aristófanes; la corrupción se inicia en Roma y se extiende como una mancha oleaginosa; pero á la vez que las Neeras, Lesbias, Gliceres, Lalagues, Tindaris y Cloes insultan la virtud con la púrpura del libertinaje, las vírgenes romanas exigen este tributo á sus virtudes del más osado de sus poetas:

Este procul vittæ tenues insigne pudoris.

Ovidio, el autor de Los Amores, fué quien abrió una escuela de vicio á libertas y peregrinas; en tanto que se inclinaba reverente ante las excelsas matronas, á quienes el pudor velaba hasta los pies. Quæque tegis medios, instita longa, pedes. En el trono manchado por la lujuria furiosa de la Emperatriz más bella y corrompida del Gran Pueblo, descansaba la mano paternal del divino filósofo de Córdoba, y al oído de un imbécil y una cortesana-dominadores del mundo-murmuraba los preceptos de la moral más pura, que hicieron á los primeros cristianos reclamarle como suyo, y al ilustre Renán consagrarle esta bella frase: "Séneca irradiaba como grande y blanca estrella en negra noche, por entre un amontonamiento de nubes." Los Emperadores más prostituídos de la Roma agonizante, "pudieron hallar siempre al alcance de la mano" consejeros sabios, magistrados probos y ciudadanos dignos. En tal virtud, cuando un pueblo sano se convierte en campeón de una mala causa, no debe decirse que está exhausto de virtud, sino "que no la halla:" está desvanecido ó deslumbrado. En tal caso, (como aconteció á Francia), el despertar es un patético "miserere."

Pero Francia ila *Belle France!* ha sufrido tánto desde entonces, que no nos admira la clemencia de nuestros historiadores, y aun la *bonhomie* con que la mayor parte de ellos fingen creer lo que no creen, y dan al arrepentimiento efecto retroactivo.

